

Presentación de *La bellota que habla*

Estamos aquí para asistir a la presentación de una página web, diseñada por un joven, que será puesta a disposición de la sociedad para el uso que ella estime conveniente, singularmente para el traspaso de información y opinión entre los individuos que la forman.

De esta simple afirmación surgen varias ideas que me gustaría desarrollar brevemente. La idea de sociedad, la de internet, la de traspaso de información y la idea de una juventud emprendedora.

Al hablar de la sociedad, de la sociedad española en general y de la Los Pedroches en particular, no puedo sino expresar tristeza, o incluso abatimiento.

Se habla mucho de la crisis económica, todos sabemos lo que es el déficit, lo que significa la prima de riesgo y lo que representan la bajada de los sueldos y la subida de los impuestos. Todos hablamos mucho de la crisis económica porque la tenemos presente y sabemos hasta qué punto está afectando a nuestras vidas y a las vidas de las personas que amamos.

También se habla de la crisis política. Se dice que tenemos una democracia de baja intensidad, que hay demasiados políticos y que los políticos no están a la altura de la sociedad a la que dicen servir y de las circunstancias a las que se enfrentan. Y comúnmente se liga la crisis económica con la política, en general para culpar a los políticos de buena parte de los desastres que está asumiendo la sociedad española en los últimos tiempos.

Pero casi nadie habla de la crisis social, y, yo al menos, creo que en la crisis social está la raíz de la crisis económica y de la crisis política.

No negaré yo las virtudes de esta sociedad y los avances que ha tenido en los últimos años. No somos un país fracturado en clases sociales, por ejemplo, ni existe riesgo de involución democrática. Prácticamente todos los individuos saben leer y escribir, tienen una cultura mínima aceptable y disponen de los medios públicos para desarrollar sus capacidades. En general, la nuestra es una sociedad solidaria, que responde en masa ante las catástrofes colectivas, por lejos que se hayan producido, y

en la que casi todos sus miembros están dispuestos a donar sus órganos. Y, por citar sólo un ejemplo más, hay organizaciones y asociaciones de los más diferentes tipos, lo que supone, además de una forma de luchar contra el estrés individual y social, una buena vertebración de la sociedad, de manera que los mensajes de los individuos son llevados rápidamente a quienes ostenta el poder, que pueden tomar mejores decisiones e implementarlas más fácilmente.

Pero nuestra sociedad más cercana tiene una serie de defectos relacionados con la presentación que hoy nos ocupa.

Tenemos una sociedad débil y dormida, que prefiere que le den el pescado a que le enseñen a pescar, acostumbrada a lo momio, que castiga a los que pagan los impuestos, a los que tienen licencia, a los que se dan de alta, a los que declaran su actividad, una sociedad superficial, incapaz de realizar proyectos a medio y largo plazo, que no premia al que se esfuerza, ni al que se arriesga, ni al que se compromete. Tenemos una sociedad incapaz de hacer autocrítica. Una sociedad que se mira al espejo y no se ve más que virtudes, que desprecia al que se atreve a criticarla o incluso que lo margina y lo odia.

Tenemos una sociedad acostumbrada a que la adulen para conseguir de ella el voto, a que no le digan la verdad, porque la verdad es peligrosa para el voto. Tenemos una sociedad que se complace en la ficción y la mentira, que mira hacia otro lado para no ver la verdad cuando la verdad duele.

Tenemos una sociedad que prefiere vivir por encima de sus posibilidades sin percatarse de las consecuencias que esa actitud acarrea siempre a largo plazo. Que habla del Estado del Bienestar y del derecho al bienestar como si el bienestar sólo fueran derechos y no obligaciones. Una sociedad que no se enorgullece del cumplimiento de las obligaciones, sino al contrario, del incumplimiento de las mismas.

Tenemos una sociedad que no separa suficientemente la religión y el Estado, un principio evangélico básico y un principio democrático básico.

Tenemos una sociedad condicionada por los prejuicios. Una sociedad en la que los ciudadanos han visto reducida su condición a la de meros votantes. Una sociedad de ciudadanos sin criterio, seguidores de partidos o

de facciones como si fueran prosélitos de una fe, de ciudadanos sectarios, de forofos que votan siempre lo mismo hagan lo que hagan los que dicen ser sus representantes. Tenemos una sociedad de electores, más que de ciudadanos.

Tenemos a una sociedad de ciudadanos votantes que comprende a los corruptos y a los derrochadores cuando los corruptos y los derrochadores son de los suyos, como si el mundo no se dividiera entre los buenos y los malos ciudadanos y a los malos hubiera que corregirlos, sino entre los nuestros y los otros, y hubiera que corregir sólo a los otros, siempre a los otros.

Tenemos una sociedad en la que no se pueden montar proyectos de actividades si no es con subvenciones, que quiere ir más allá de lo que puede, incluso mucho más allá de lo que puede, una sociedad grandilocuente, que ha creado numerosas asociaciones desproporcionadamente grandes para lo que puede derivarse de su masa social, muchas de las cuales viven de una deuda crónica, de no pagar y de las subvenciones.

Tenemos una sociedad con muchas asociaciones, aparentemente bien vertebrada, capaz de llevar las inquietudes de los ciudadanos a los órganos de decisión, pero demasiado ligada al poder, que vive del poder y que le teme.

Tenemos una sociedad poco amante de sus tradiciones y de su Historia y, paradójicamente, demasiado dada a la nostalgia, que añora el pasado como si en el pasado estuviera la panacea de nuestro futuro. Tenemos una sociedad melancólica, que no se da cuenta de que en el pasado, junto con el trillo, los chozos y la matanza del cerdo, existía el analfabetismo, la explotación de los trabajadores y el hambre.

Tenemos una sociedad temerosa de los cambios, que se estima en más de lo que es pero en menos de lo que podría llegar a ser, y que, quizá por ello, lo mismo imita las formas de lo que hay afuera que rechaza las transformaciones de fondo, incluso cuando las transformaciones son beneficiosas.

Tenemos una sociedad sin líderes verdaderos, que se complace con las voces huecas y sigue a los que le ofrecen el brillo de lo fácil antes que a los que le demandan sacrificios y trabajo.

Tenemos una sociedad en la que se oyen muchas voces fuertes y se escuchan muy pocas voces razonables, una sociedad que habla más que oye y que oye más que escucha.

Tenemos, en fin, una sociedad enferma, quizá no de gravedad, pero sí necesitada de bastantes remedios. Hay que introducir en ella más cultura política, hay que reducir el sectarismo, hay que premiar más el esfuerzo y el riesgo, hay que eliminar el miedo y hay que echar de las instituciones a los corruptos, a los manirroto y a los incompetentes, aunque sean de los nuestros, sobre todo si son de los nuestros, y hay que elevar la voz de la razón y el diálogo por encima del estruendo a que nos someten los dogmáticos, los hooligans, los forofos.

Ese proyecto regenerador es grande, porque el daño es grande, y requiere paciencia, esfuerzo, capacidad de sacrificio para encajar los golpes que darán los sectarios de uno y otro signo y tiempo, mucho tiempo.

En ese proyecto regenerador bien puede incluirse una iniciativa como la que hoy presentamos.

La sociedad necesita información veraz. Los medios de comunicación que tenemos en nuestra sociedad más cercana intentan administrar como mejor pueden la información que les llega, generalmente por la vía de declaraciones, de ruedas de prensa o de presentaciones formales de actos o eventos. Los que emiten esa información lo hacen, generalmente, con fines propagandísticos, y en el mejor de los casos dan en ellos la parte de la verdad que les interesa, sólo la que les interesa, es decir, dan una información falsa, pues sólo la información completa es verdadera. En consecuencia, el ciudadano tiene que formar su criterio con la propaganda que le viene de un lado y de otro. Ciertamente, es mejor que la propaganda venga de muchas partes antes que sólo de una, pero no parece el medio más eficaz para acrecentar la cultura política y para eliminar el sectarismo, ese monstruo que nos divide y nos ciega.

La información veraz no es posible cuando sólo sale de los protagonistas, como viene sucediendo hasta ahora. Son necesarias otras fuentes. Y para eso nada mejor que internet, donde cada ciudadano es un informador en potencia y un corrector de la información de otro.

Internet, además, abre las puertas a la opinión pública libre. En nuestra sociedad, los medios de comunicación tradicionales son utilizados por los portavoces de los grupos políticos, económicos y sociales para agregar ciudadanos a su causa. Los grupos políticos, económicos y sociales son siempre grupos de interés, que pretenden un fin concreto, coincida o no con el interés público. Los portavoces más activos, los que más se oyen, los que más alto hablan, parece que representan a más gente, o incluso parece que la representan a toda.

Hay, no obstante, muchos ciudadanos cuyos intereses no son representados por nadie (yo me atrevería a decir que la mayoría), y que se callan porque tienen miedo a las represalias de los grupos instituidos, porque no son capaces de elevar su voz por encima del ruido que provocan las voces altas, porque en el debate cuerpo a cuerpo no pueden más las razones, sino la retórica, aunque la retórica esté huera, y temen no saber defender sus ideas y quedar mal con sus allegados y sus vecinos.

En internet, cada ciudadano es portavoz de sí mismo y su voz se extiende en el espacio y en el tiempo con la misma fuerza que las de quienes dicen representarlo pero no lo representan. No es extraño que los grupos instituidos le tengan miedo a internet, porque en internet las voces de los ciudadanos se han elevado por encima de las de los portavoces tradicionales, que ya no tienen el monopolio de la opinión ciudadana. Tanto es así, que los movimientos surgidos de internet han facilitado el cambio de gobiernos y han tumbado dictaduras.

Los que ocupan el poder, los que aspiran a ocupar el poder y los que encabezan los movimientos sociales instituidos temen, de una manera o de otra, a internet, porque detrás de internet está la sociedad civil sin representantes claros y sin medios de comunicación interpuestos.

En esa sociedad civil siempre han jugado un papel sumamente importante los jóvenes, por lo que de novedosas, o incluso revolucionarias,

tienen las ideas propugnadas por la juventud, lo que en la era Contemporánea ha sido un factor determinante para los cambios sociales. Desde hace algún tiempo, no obstante, las personas maduras acusan a los jóvenes de cierto conformismo, de falta de compromiso, como si hubiera una generación entera que pasara de lo que ocurre a su alrededor y hubiera dejado su destino en manos de las circunstancias.

Los que acusan a los jóvenes de darle la espalda al mundo que se han encontrado suelen ser los mismos que culpan a los jóvenes de falta de preparación y hasta de faltarles los valores mínimos que requiere la condición de ciudadano responsable. A los que así piensan convendría aclararles dos ideas:

La primera, que los jóvenes son, en su mayor parte, el producto de un trabajo. Los niños aprenden en su casa, en la escuela, en la calle y en la televisión, y en todos esos ámbitos dominan las reglas impuestas por los mayores. Los valores de los jóvenes no surgen por generación espontánea, sino que se aprenden del ambiente, y el ambiente está regido por los mayores.

En el ambiente en el que se han movido los jóvenes de hoy había laxitud, mucha laxitud, y un aprecio al bienestar que estaba muy por encima de lo moralmente recomendable y lo económicamente posible. Los jóvenes se han encontrado con una sociedad que no premia el esfuerzo y que está endeudada hasta la cejas. El bienestar en el que hemos vivido todos era una burbuja que nos ha estallado en la cara de pronto y ahora los que deberán pagar la deuda que nos ha permitido a los mayores vivir por encima de nuestras posibilidades serán los jóvenes. Los jóvenes se encontrarán con menos puestos de trabajo, con unos sueldos más bajos, con unas jornadas laborales más largas y con unas pensiones más cortas y más reducidas.

La segunda idea sobre los jóvenes que convendría aclararles a muchos mayores, es que, a pesar del ambiente que han tenido en contra, hay numerosos jóvenes sobradamente preparados, pues son muchos los que han sabido aprovechar los recursos que la sociedad ha puesto a su disposición y que ahora gozan de un nivel académico alto, que saben idiomas y que han viajado. Todo ello los sitúa ante el mundo con una disposición muy distinta de que la tenía la generación de sus padres, para

quienes la cultura era otra cosa, mucho más memorística, más teórica y más formal.

Muchos jóvenes no tienen, además, los vicios que atacan a la libertad de pensamiento. Los que somos mayores que ellos tendemos a pensar que el compromiso debe ser con una idea política, social o religiosa, y ponemos toda la razón al servicio de esa idea. Eso, y no otra cosa, es el sectarismo. El mundo de las generaciones anteriores a ellos está llena de sectarios, de forofos, de personas que no piensan por sí mismos, sino que se suman a las corrientes de pensamiento con el mismo afán que los que se unen a una fe, sin percatarse de los intereses electorales que hay detrás.

Los forofos políticos son los que atacan los vicios del contrario, pero disculpan esos mismos vicios si se dan entre los suyos, los que distinguen entre los nuestros y todos los demás, los que no saben distinguir entre la información y la propaganda y los que nunca hacen autocrítica. Los debates entre la fe y la razón son diálogos de besugos. Los sectarios no razonan, tienen una fe ciega: con los sectarios es imposible el debate.

La pena es que esa gran preparación de los jóvenes haya caído en el ambiente de sectarismo político y de ruina económica que debe soportar la sociedad de nuestro tiempo, que ha sido sometida a un auténtico saqueo moral por muchos que se llaman demócratas y no son sino aspirantes a ganar las elecciones.

Si nuestra sociedad tiene alguna salvación, no vendrá de la mano de la generación que ahora tiene las riendas del poder. La salvación de nuestra sociedad sólo puede venir de la mano de los jóvenes. Para ello, resultará imprescindible que los jóvenes se pringuen en la cosa pública de una manera distinta a como lo han hecho sus padres, que lo hagan abiertos a la razón del otro, alineados con el interés público antes que con el interés del partido y sometidos a un público y permanente ejercicio de autocrítica.

Por eso resultan tan alentadores proyectos como el que hoy presentamos. Contra el borreguismo que patrocinan los cuatro o cinco individuos que se reúnen a diario en las sedes nacionales de los partidos y de las demás instituciones políticas y sociales para dar las consignas que deben repetirse sin variación alguna por todo el Estado, contra la propaganda que patrocinan los periódicos, más o menos alineados con las consignas que marcan los líderes anteriormente citados, no hay otra

solución que esta: que la sociedad civil se informe por sí misma y que opine y piense por sí misma.

Pero, cuidado, internet es una ventana abierta al mundo y el mundo más cercano a nosotros está dominado por el sectarismo, como hemos comprobado en nuestro pueblo con experiencias parecidas a esta. En cuanto a los sectarios se les da la posibilidad de opinar, corean las consignas que han memorizado y lo que debería ser un debate se convierte en un lodazal. Y lo hacen embozados, sin dar la cara, mediante esa figura, ahora tan en auge, del anónimo.

El que tira la piedra y esconde la mano es un personaje de mucha raigambre en nuestra sociedad, al que yo no valoro positivamente casi nunca, y menos cuando de opinar se trata. Yo creo que las opiniones nunca están separadas de quien las emite. Dos opiniones iguales, exactamente iguales, no deben tener el mismo valor pronunciadas por la víctima y por su verdugo. Si dos personas propugnan el mismo principio moral o político, y una lo está cumpliendo y otra no, la opinión de una no me vale lo mismo que la de la otra. Si dos personas se pronuncian sobre un determinado asunto y una de ellas es un perito en la materia y la otra no, la opinión de una no merece el mismo valor que la de la otra.

Además, está el argumento de la responsabilidad. En una sociedad libre, todo acto y toda omisión, por inocua que sea, deben llevar aparejada una responsabilidad. Eso es lo primero que deberíamos enseñar a los niños, que cada uno es responsable de sus actos y que hay que apechugar con sus consecuencias.

La máscara del anónimo, por último, deteriora la forma del debate, lo vuelve soez, bárbaro, desagradable. Cuando uno pone la cara, cuida más la educación y procura expresarse en términos más correctos, algo que se agradece considerablemente.

Me alegro, en resumen, de que un joven de nuestro pueblo haya puesto a disposición de la sociedad un instrumento que debe servir para aumentar la cultura democrática de la población, para hacerla más consciente de sí misma y más responsable de sus actos. Afuera, en la

sociedad, están las voces que quieren ser escuchadas, pero también está el ruido que las oculta.

No se puede pedir a los ciudadanos que hablen más alto, que griten, si quieren ser escuchados, porque entonces el ruido se hace más ensordecedor, sino que lo hagan en otra onda, de otra forma, con argumentos, con criterio, escuchando y con educación.

No hay debate sin la razón del otro. No hay diálogo si todos hablan a la vez. No se progresa si no se hace autocrítica. No se avanza si no se reconoce que la verdad tal vez esté del lado del que no piensa como nosotros.

Espero y deseo que *La bellota que habla* sea un foro de reflexión, de tolerancia, de cultura y de razones contrapuestas. Si es así, habrá prestado un servicio enorme a nuestra sociedad. No lo va a tener fácil, sin embargo. Afuera hay ruido, mucho ruido. Y mucha sinrazón.

Muchas gracias.

Juan Bosco Castilla